**El Evangelio de la Madre y del Niño Allocutio 10-12-2018**

En diciembre, celebramos la fiesta solemne de la Natividad de Nuestro Señor. Por supuesto, el Niño, es y siempre será el centro de esta narrativa histórica y de hecho, el centro y el significado de toda la historia, sagrada y secular. Sin embargo, nunca podemos pensar en el Niño sin su Madre y de hecho no habría Niño si no hubiera Madre, en el plan de Dios para la creación y redención del mundo y la humanidad en particular.

La liturgia para esos días, está marcada con un gran anhelo, de que Dios se convierta en nosotros, como un ser verdadero y plenamente humano.

El prefacio de Adviento lo dice muy sencillamente: "La Virgen Madre, lo anheló con amor, más allá de todo lo que se dice". María ha experimentado ya en sí misma durante nueve meses, el crecimiento de su Hijo. Anhela ver el rostro humano de Dios su hijo, mirarle a los ojos con amor, abrazarlo a su corazón, darle de comer, vestirlo y acostarlo. Ella está totalmente absorta con Jesús. Jesús es absolutamente central en su vida. Ella es definida en su misma alma por Jesús. Los dos son inseparables para el tiempo y la eternidad: Madre e Hijo, Creador el más bendecido de todas las criaturas.

La Natividad de Nuestro Señor, es la manifestación más bella y convincente del principio del Evangelio: A Jesús a través de María. La Legión vive y prospera en la verdad de este principio, y la Navidad es un buen momento, para pedirle a María incesantemente, una parte de su relación con su Hijo.

Sugiero que encontremos los signos y frutos de un verdadero compromiso con el misterio de la Natividad en la Oración de María, que une a todos los legionarios: el Magnificat. Primero, su vida está centrada en Dios: Mi alma glorifica al Señor y el Todopoderoso ha hecho grandes cosas por mí y santo es su nombre. En otras palabras, María da todo crédito y gloria a Dios por todo. Su humildad es absoluta: está llamada a ser la Madre de Dios, pero se ve a sí misma como la sierva del Señor.

Por supuesto, ella ve a Dios como Amor. Dios primero nos amó en la verdad primordial. Dios amó tanto al mundo que envió a su Hijo al mundo para que fuéramos salvos. ¿Cómo puede un cristiano operar si no está convencido de que es infinitamente amado y adorable a Dios? Este es, el Evangelio esencial y ciertamente el mensaje fundamental de la Navidad. El flujo inmediato de escuchar realmente, la Buena Nueva del amor redentor de Dios, para cada uno de nosotros es un espíritu de alegría. María dice: "Mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador". Donde no hay alegría significa que el Evangelio todavía no ha sido verdaderamente escuchado. Ciertamente, cuando hay poco gozo en un legionario, María todavía no ha logrado poner a Jesús y su Evangelio en su corazón y en su alma. La señal infalible de que las gracias de la Natividad de Nuestro Señor, han sido recibidas, es un profundo sentido de paz y alegría.

Pensemos y vivamos profundamente el misterio de la Encarnación, y pidamos a María, la Madre de la Esperanza, que nos ayude a crecer como personas de esperanza y comunicadores de esperanza.  